

Panorámica que se divisa desde Delfos, con el mar al fondo. En este lugar, en el que se unieron las tradiciones micénicas con las aportaciones de los pueblos helénicos, el genio griego pudo concebir una máxima tan profunda como la colocada a la entrada del templo de Apolo: γνῶθι σέ αὐτόν ***(Conócete a ti mismo).***

Despertar del pensamiento griego

Parece muy probable que el carácter profundamente humano, que tanto admiramos, de los dioses de Grecia sea también un resultado de las invasiones. Las divinidades prehelénicas debieron suavizar sus ritos para hacerlos aceptables a las tribus invasoras; a su vez, los dioses de los recién llegados tenían que perder su rudeza primitiva si querían verse reconocidos por los antiguos habitantes de la Grecia prehelénica. Sólo así se explica este Olimpo griego, donde los dioses, reunidos en familia y presididos por Júpiter o Zeus, juegan, disputan y se abrazan, como los simples mortales de la tierra. A veces, el abuso, el escándalo por desobediencia o adulterio de uno de los habitantes del Olimpo obliga al padre Zeus a castigar al culpable, ya lanzándole al abismo, ya amarrándolo a una roca; pero, por lo general, el padre de los dioses es condescendiente, porque él tiene también sobre su conciencia no pocos pecadillos. Los dioses a menudo dejan su mansión celeste para asociarse a los mortales, se unen carnalmen-

EL MITO Y EL LOGOS

Las acciones humanas y la experiencia original que el hombre tiene de la realidad articulan y ponen de manifiesto dos aspectos fundamentales en todo cuanto ocurre: por una parte, las cosas parecen nuevas y variables; por otra, lo que pasa es habitual y acostumbrado. La vida de los individuos y de las colectividades es, por ello, insegura, arriesgada y dramática, pero como nuestra conducta tiene sentido, necesariamente se han de establecer y suponer unos puntos de apoyo fijos, unas clasificaciones y ordenaciones de las cosas y acontecimientos que permitan saber a qué atenernos en nuestro trato con ellos. Así, mediante sensatas previsiones, podemos dar a la vida un mínimo de seguridad y estabilidad.

Para satisfacer a esta exigencia radical, los pueblos primitivos no se limitan a servirse de las cosas y a vivir en el mundo tal como inmediatamente se ofrece, sino que, en previsión de posibles sorpresas y para asegurar su existencia, creen que todo lo que les rodea implica una alusión o hace referencia a una fuerza o realidad más potente y exterior al mundo, que, no obstante, se manifiesta, directa o indirectamente, en los acontecimientos cruciales o sorprendentes de la vida humana. Seguro de que tanto él como las cosas están fundamentadas en estas fuerzas extramundanas o sobrenaturales, el hombre puede apelar a ellas y a sus decisiones para explicarse el curso de los hechos, su vida y su muerte, y en general todo lo que se sale de la segura rutina cotidiana.

En los albores de la civilización, cuando un pueblo, como el griego primitivo, no ha adquirido aún conciencia histórica –entre otras razones, porque el recuerdo del pasado no queda distanciado del presente, gracias a un documento escrito, sino incorporado como tradición viva por cada nueva generación–, el curso del tiempo no llega a verse como una línea irreversible y mucho menos como un progreso.

La experiencia ingenua del transcurso de las cosas y de las vidas humanas se presenta más bien como un ciclo o período que se repite a intervalos regulares. De este mismo modo se suceden las generaciones en todos los seres vivos, así como también las estaciones del año y el aspecto que ofrecen los astros en el firmamento. Cada repetición, por serlo, reproduce e imita un modelo anterior de mayor valor. No hay que buscar el sentido del presente en un futuro al que posibilita, sino en un pasado, o mejor en un tiempo originario, precursor de todos los tiempos, donde están los tipos intemporales de lo que se vive ahora.

La narración de lo que ocurrió en esta etapa primordial, en cuanto hecho ejemplar que determina y da sentido a la vida de las sucesivas generaciones, es el mito.

Hay que observar que el mito como tradición viva es transmitido sin variación por el grupo. Por tanto, aunque se le refiera a un pasado, queda encarnado en las cosas, como interpretación obvia y única válida, de tal manera que equivale a la realidad tal y como debe ser vista.

En el mito se fijan además los ideales de la conducta, que son simplemente las hazañas y proezas realizadas por los dioses o los héroes protectores o fundadores de la colectividad.

A pesar de su carácter imaginativo y de su forma narrativa, el mito es una incipiente explicación racional de las cosas, ya que pretende ser intemporal y valer para todos los hombres.

A lo largo de los siglos VIII y VII a. de J. C., los mitos griegos se desintegran y en sus huecos aparecen las primeras manifestaciones del pensamiento racional. Un factor decisivo en este proceso fue el contacto de las colonias jonias con los pueblos orientales y sus creencias, es decir, sus mitos propios. Pero influyeron también las modificaciones internas de tipo social y económico, especialmente la aparición de la burguesía en las grandes ciudades y el desarrollo de la economía monetaria. Ambas favorecieron el intercambio de opiniones y el comienzo del espíritu crítico.

Lo cierto es que en el tránsito del siglo VII al VI comienzan a aparecer en las colonias del Asia Menor los primeros pensadores griegos, que no se limitan ya a aceptar la versión mítica del mundo, sino que mediante argumentos racionales buscan el fundamento último de la realidad. Con ello entramos en el mundo del Logos, o sea de la razón.

El pensamiento racional parte del supuesto de que todas las cosas, cualquiera que sea su diversa apariencia, tienen una explicación única o fundamentación común, que puede ser descubierta por el puro ejercicio de la actividad humana del pensar. En efecto, la realidad está configurada racionalmente y, por lo mismo, la razón del hombre puede explicarla. La nueva manera, filosófica, de ver las cosas aspira a justificarse ante todo ser racional, cualquiera que sea su raza o nacionalidad. Y lo que es más importante, la explicación racional de las cosas no se limita a exponer lo que éstas son según una venerable tradición del pasado, sino que pretende hacer ver por qué la realidad ha de ser así necesariamente y siempre.

F. G.

te con ellos y engendran héroes o semidioses; éstos son los únicos admitidos en el Olimpo al acabar su vida mortal; el resto de los humanos al morir pasan a una mansión subterránea sumida en tinieblas, el Hades o Limbo, donde se mueven como sombras con el aspecto de sus propios cuerpos y con la misma alma o espíritu que tuvieron cuando vivos, pero sin memoria e incapaces de intervenir en los sucesos que ocurren en la tierra.

Tan familiarizados estamos con la mitología helénica, que no creemos necesario entretenernos describiendo la forma y atributos de los dioses olímpicos, que por primera vez aparecen ya en Homero con síntomas de decadencia. Homero todavía cree firmemente en las divinidades del Olimpo; pero mezclada con su fe adviértese cierta ironía, como si el poeta lamentara las flaquezas que refiere de los inmortales. Además, sabemos muy poco del origen de los dioses de Grecia, no pudiendo ver la aparición y evolución del mito que cada uno de ellos representa con aquella claridad que hemos visto aparecer y evolucionar el de Osiris en Egipto y el de los demás dioses del valle del Nilo, o de los dioses de Caldea y Asiria, documentados por referencias literarias desde cuatro mil años antes de Jesucristo.

No tenemos ningún documento literario de Grecia que sea anterior a Homero ni inscripción alguna griega anterior al siglo VII, a excepción de los jeroglíficos prehelénicos, que son todavía un enigma. Así es que todo lo que digamos acerca del origen de los dio-

ses griegos tendrá que basarse forzosamente en conjeturas o en comparaciones más o menos atinadas con el proceso de formación de las creencias en todos los pueblos primitivos. Por ejemplo, desde un principio vemos a los dioses helénicos reunidos en grupos de tres o de dos, como tríadas y díadas primitivas. Júpiter con Neptuno y Plutón (Zeus, Poseidón y Hades, en griego) forman un grupo de tres hermanos que se han repartido el universo; Zeus posee la Tierra con el firmamento, Poseidón el Océano y Hades el mundo subterráneo. Marte y Venus (Ares y Afrodita, en griego) aparecen también asociados siempre en sus simpatías y antipatías. Esto, según algunos, indicaría para los hermanos de cada grupo del Olimpo un mismo origen y habría en la mitología griega reliquias de varias religiones primitivas. Ya hemos dicho que muchos de los dioses clásicos tienen un animal favorito, que, según algunos, en un principio debían de ser los verdaderos dioses. El águila de Zeus, la lechuza de Atenea, la cierva de Artemis, el delfín de Poseidón o la paloma de Afrodita, para algunos son tótems que con el tiempo se convirtieron en divinidades con figura humana. Muchos dioses griegos, añaden los partidarios de esta teoría, se transforman a veces también en animales, y estas metamorfosis son a menudo "la historia al revés". Así, Zeus para seducir a Leda se convierte en cisne, lo que indica que debía de haber una tribu que tenía al cisne por tótem y, al entrar esta tribu en relación con otros pueblos o tribus que adoraban a Zeus, se identificó el cisne con el padre de los dioses...

En cambio, es evidente que en el Olimpo griego existe una superposición de mitos procedentes de varias culturas, del mismo modo que en Grecia se superpusieron razas de diversas procedencias. Por de pronto, podemos señalar algunos dioses que en su



Reconstrucción en maqueta del santuario de Olimpia (Museo Metropolitano, Nueva York). El edificio de techo blanco es el templo de Zeus, y el de techo rojo, el de Hera. La presencia del culto a esta diosa junto al de Zeus y que aquél fuera más antiguo que el de éste permite suponer la existencia de un lugar sagrado prehelénico dedicado a una divinidad femenina y que tuvo que ser conquistado por el dios nórdico de los dorios. El problema se solucionó casando a ambos dioses.



Diosa beocia, en terracota procedente de Tanagra (hacia 575-550). Beocia parece haber sido un punto clave en la introducción en Grecia de cultos orientales. A finales del siglo VII, o todo lo más a principios del VI a. de J. C., penetraron en el mundo heleno, procedentes del Asia Menor, diversos cultos.



Ruinas de Olimpia, ciudad sagrada panhelénica donde se elevaban los templos dedicados a Zeus y a Hera.

origen no eran griegos: Afrodita es la Astarté fenicia, que a su vez era la Ishtar babilónica; Hércules es Melkart, el Baal de Tiro; Adonis es también un dios fenicio de la región del Líbano. Todo lo cual no debe extrañarnos, porque la influencia fenicia fue enorme en Grecia inmediatamente después de la invasión dórica. Por ejemplo, la tradición recuerda la llegada de los patriarcas fenicios Danao y Cadmo, que se establecieron en Beocia con sus tribus.

El hecho de encontrar dioses orientales en la Grecia clásica no ha de sorprender a nadie, porque ese origen oriental de los dioses es frecuente en la historia de las religiones. Lo más interesante, pues, de la mitología griega sería saber lo que pudo llegarle a ella desde el Norte, importado por los dorios, y lo que conservó de la religión prehelénica, o sea de los cultos y supersticiones de las primitivas razas mediterráneas que habitaban en Grecia antes de las invasiones. El Zeus padre parece ser el *Dyaus-pitar* de los arios de la India y, por consiguiente, una antiquísima divinidad común a todos los arios. Apolo, el dios predilecto de los dorios, es muy posible que sea el dios celta Belenus; no cabe duda que es de origen nórdico, porque cada invierno se marcha a la tierra de los hiperbóreos y vuelve rejuvenecido en la primavera. Más tarde, Apolo se convierte en el protector de las artes y es el que preside el coro de las musas; pero en el siglo VIII a. de J. C. es sólo un arquero invencible, que lanza flechas o rayos solares, a veces tan intensos, que matan por insolación a los dorios, no acostumbrados a los climas del Sur. Antes de llegar a Grecia, Apolo había viajado por el Asia Menor y conserva siempre algo de oriental; pero de su leyenda complicada se deduce con certeza que es un dios extran-

jero en la Grecia prehelénica, un invasor, como los mismos dorios. Conquista para sí el santuario de Delfos, que estaba dedicado a la diosa Gea, o sea la Tierra, y ésta lo abandona, sin atreverse a luchar con el recién llegado. Con su arco y dardos estaba Apolo representado en el gran santuario dórico de Amiclea, cerca de Esparta; en la época romana, todavía era visitada con gran curiosidad la imagen primitiva del Apolo de bronce de Amiclea, de cuerpo cilíndrico, como un tubo, colocada sobre un extraño trono decorado con relieves. Lo más raro de la religión de los dorios es la adopción del Hércules oriental por su héroe favorito. Los jefes dorios llegan al extremo de falsificar genealogías para hacerse descender directamente de Hércules; el Melkart de Tiro se



Cabeza de Zeus hallada en Éfeso (Museo de Éfeso). La divinidad suprema de los griegos corresponde a un dios de origen ario.

Relieve funerario ático de finales del siglo V a. de J. C. que representa a Zeus sentado junto a Hera, su esposa y hermana, un dios desnudo y, de menor tamaño, el difunto u oferente (Museo del Louvre, París).

DIRECCIONES ESENCIALES DE LA FILOSOFIA MILESIA

INFLUENCIA DE LA CULTURA URBANA DE JONIA EN LA APARICION DE LA FILOSOFIA

ORGANIZACION SOCIAL

Cultura urbana de Jonia: división clara entre campo y ciudad, a diferencia de la Grecia continental arcaica, donde la coherencia no se rompe.

División del trabajo en las ciudades jonias, con la aparición de oficios altamente especializados: presentación del intelectual.

Preocupación del "filósofo" ante la aparente diversidad inconciliable de lo existente.

Para los filósofos milesios —Tales, Anaximandro, Anaximenes— existe una unidad por debajo de las apariencias.

Justificación de la existencia de la ciudad como parcela de un todo complejo.

Justificación de la existencia del filósofo, del científico, del espectador.

RELIGION

La explicación de la coherencia de lo existente mantiene una estructura semejante a la del mito antiguo.

Entrada de la idea "tiempo" en la explicación de lo existente, a imagen del mito: las ideas de principio, evolución y ciclo aparecen en el panorama de la filosofía como contribución de los milesios.

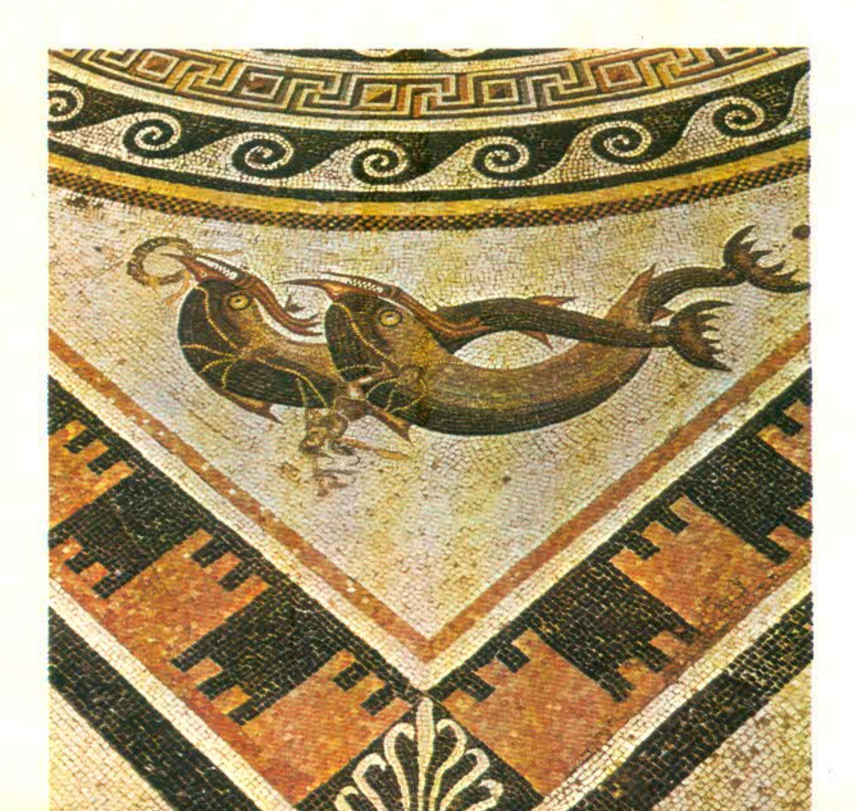
ESTRUCTURA ANTITETICA DE LA SOCIEDAD PRIMITIVA

El elemento agonal de la filosofía arcaica se muestra, de un modo particular, en que se propende a ver en el proceso cósmico una lucha eterna de oposiciones primarias que radican en la naturaleza de todas las cosas.

TRADICION JURIDICA Y "POLITICA"

La lucha eterna de la naturaleza es también una lucha ante un tribunal: los conceptos de orden ("cosmos"), justicia ("diké") y castigo ("tisis") se han transportado de la vida jurídica, y, con transformación de sentido, ocurre lo mismo con la palabra "aitía", culpa en el tribunal, que viene a significar el concepto de causalidad natural.

Para Anaximandro, el cosmos tiene que expiar su propia injusticia.



convierte para ellos en un incansable aventurero, análogo a uno de sus antepasados nórdicos, que lucha siempre solo, aniquilando monstruos por lejanas tierras, sin más ambición que la gloria resultante de su esfuerzo. A estas tres divinidades masculinas y belicosas (porque Zeus, en su "juventud", también lanzaba rayos) estaban dedicados los santuarios dóricos donde se celebraban los juegos nacionales: el de Olimpia, a Zeus;

Cada divinidad de la mitología griega tenía asignado un animal, lo cual lleva a suponer que en su origen los dioses eran tótems primitivos que adquirieron después la forma humana. Mosaico de Delos con representación de delfines, los animales sagrados de Poseidón.

el de Delfos, a Apolo, y los de Nemea y Corinto, a Hércules.

Esto es cuanto sospechamos de la participación de los dorios en la formación de la mitología griega. En cambio, tenemos esperanza de poder puntualizar algo más de la religión de los pueblos prehelénicos y apreciar mejor la colaboración que aportaron las culturas minoica y micénica a las ideas religiosas de la Grecia clásica. Hoy sólo sabemos que la divinidad de Creta y de Micenas estaba simbolizada por el pilar y el hacha y era la personificación del principio femenino, que favorece las crías de los animales, hace reverdecer los campos, nos da sus frutos y posiblemente reina también en el mundo subterráneo, adonde van las almas de los escogidos después de la muerte. Esa diosa parece haberse desdoblado en varias de las divinidades femeninas de la Grecia clásica, y de la personificación de sus diversos atributos se formaron los mitos de Hera (Juno), Artemis (Diana), Deméter (Ceres) y acaso Atenea (Minerva). Por lo menos, sabemos que el templo que los griegos creían ser el más antiguo de la Grecia clásica, el de Hera, en Argos, fue de origen prehelénico. Por las excavaciones se ha comprobado que era la misma divinidad que veneraban los príncipes prehelénicos en el castillo de Tirinto, la cual después, para mayor comodidad de sus devotos, se instaló en Argos, la ciudad dórica de la llanura vecina.

En Olimpia, el famoso templo dedicado a Zeus (Júpiter), que en la época clásica fue el principal culto del santuario, era también de origen relativamente moderno. Había en Olimpia otro más antiguo que el de Zeus, el templo de Hera, que se conservaba aún como una reliquia en la época romana. Más antigua era todavía la tradición de que en aquel lugar se había levantado la residencia real del héroe prehelénico Pélops, y cada año se hacían sacrificios en una fosa cercana al lugar donde se suponía estaba la tumba del héroe fundador. Hasta muy tarde, los muchachos de Olimpia conservaban la costumbre de ir allí a azotarse para apaciguar con su sangre la sombra de Pélops. De todo esto resulta bien claro que, aun cuando los jefes dorios arrasaron hasta los cimientos el alcázar de los pelópidas para levantar sobre ellos sus nuevas construcciones, quedaron en el llano de Olimpia recuerdos harto vivos de los cultos funerarios de Pélops y la antigua familia real, y que hasta el propio Zeus tuvo que compartir con Hera su flamante santuario del Peloponeso.

Algo parecido ocurre con Atenea (Minerva), que, según leyendas posteriores, nació del cerebro de Zeus, pero su antagonismo con Poseidón (Neptuno) revela una resisten-



Vaso griego de figuras rojas que representa a Zeus que va a beber el vino que le escancia Ganimedes, el joven a quien raptó el águila del rey del Olimpo y al que convirtió en su copero (Museo del Louvre, París). Los dioses griegos se caracterizan por tener las mismas flaquezas que los seres humanos.

La diosa Atenea parece corresponder a una divinidad femenina prehelénica, de lo cual podría ser una prueba esta representación conservada en el Museo del Louvre de París, en que la vemos adornada con serpientes, quizá como recuerdo de su origen cretense.

NATURALEZA Y MUNDO EN EL PENSAMIENTO GRIEGO

El primer tema de la filosofía griega fue la Naturaleza como conjunto organizado. Aunque en los "Siete Sabios", así llamados porque en su mayoría dieron leyes o constituciones a las ciudades que por entonces se constituían, se encuentran máximas sobre el comportamiento humano, los filósofos presocráticos, en general, se dedicaron a estudiar la Naturaleza. Y acerca de ella trataban de descubrir el principio originario *(arkhé)*, de donde todo procede, a donde todo va a parar y que subyace invariable a pesar de los cambios aparentes de las cosas. Por este motivo, eran denominados fisiólogos, literalmente, los que dan razón de la Naturaleza.

Con este término no siempre se ha entendido ni intuido lo mismo. La voz griega *physis,* como la latina *natura,* connotan el significado de nacimiento y crecimiento. La mentalidad griega arcaica entendió por Naturaleza el conjunto de lo que brota y se manifiesta emergiendo a partir de su propio principio. Ahora bien, como sea que todo lo natural se desarrolla con regularidad y se mantiene en constante armonía, pueden asimilarse los conceptos de Naturaleza y razón, *logos,* y atendiendo a su inagotable fecundidad, aquélla puede ser calificada de divina.

Más tarde, en los pensadores del siglo V el término no sólo tiene esta significación global, sino que se distribuye y se aplica a cada cosa, como sinónimo de lo que la constituye. Con ello aparece una nueva intuición de la realidad mucho más operativa y articulada.

La primitiva Naturaleza *(physis)* tiene un carácter eminentemente vital y cualitativo. Por esto las diversas doctrinas acerca de su principio apelan a alguno de los elementos: agua, aire, etc., cuyas cualidades (frío, cálido, seco, húmedo), según cada pensador, parecen ser las más radicales.

Al mismo tiempo, los procesos naturales son interpretados como un predominio transitorio de alguna cualidad y, como se da por supuesto la regularidad y carácter cíclico de los mismos, se sostiene que a cada cambio sigue siempre su opuesto, para que el orden natural no sufra trastornos. Con ello aparece la primera idea de lo que posteriormente la ciencia denominará "leyes naturales".

En los últimos milesios y en los pitagóricos, la reflexión filosófica introduce un nuevo término, el cosmos o mundo. Con él se denomina la totalidad de las cosas en cuanto que ordenadas, jerarquizadas y, por lo mismo, armónica y bellamente dispuestas. El concepto de mundo incluye toda la realidad, pero referida al hombre. Puede ser que éste se sitúe en el centro, pero es indispensable que al menos establezca el puesto que le corresponde en la ordenación de los seres existentes.

Hay que tener presente que, entre los procesos de la Naturaleza, el que parece modélico y más próximo al hombre es el de la generación natural. En función del mismo, los pueblos primitivos han tratado de explicar la producción de todo lo demás, acomodándolo, como se supone, a cada clase de hechos particulares.

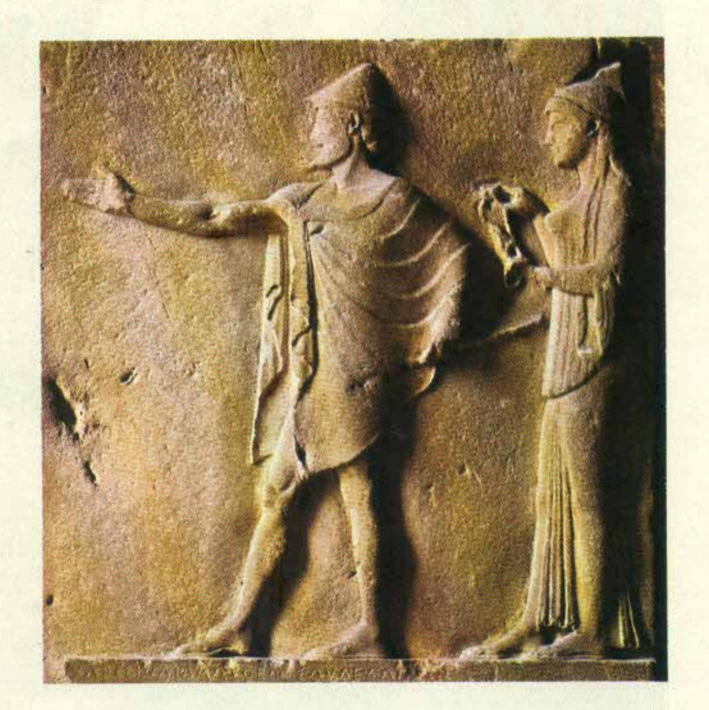
El hombre moderno de nuestra cultura occidental emprende un camino distinto. La técnica y la producción humanas se han desarrollado a partir de la mecánica, que expone los modos más sencillos de acción sobre las cosas. Por esto, los procesos mecánicos: movimientos, choques, contactos, etc., han pasado a ser entre nosotros el esquema corriente para interpretar los fenómenos naturales.

Adoptando la primera actitud, que es la griega, nos encontramos con una multiplicidad de individuos, los vivientes, que se distribuyen en especies visiblemente inmutables y cuyos rasgos específicos configuran y hacen ser lo que son a cada uno de ellos: un perro, un olivo. Su adecuado conocimiento consistirá en descubrir su especie o naturaleza intrínseca y a partir de ella podremos entender el curso de sus acciones o procesos vitales. La causa de su manera de ser y de obrar se centra en la forma o tipo que encarna, que Aristóteles denominará la "causa formal". Las cosas son y se explican refiriéndolas a su respectiva idea modélica.

El conocimiento científico enfoca sus objetos de manera opuesta. En vez de atender a un mundo superior de tipos ideales, se comienza por observar los procesos en su llano curso temporal; si son complejos, se los descompone en secuencias más sencillas y se describe el modo regular como unos siguen a otros, para poder hallar entre ellos conexiones que se repiten siempre y que se formularán en leyes adecuadas. Los momentos o fenómenos antecedentes son las causas de los que les siguen, en el bien entendido que causa, en este contexto mental, sólo quiere decir lo que normalmente precede a algo.

La Naturaleza era, para el pensamiento griego, un todo orgánico de racionalidad manifiesta en la armónica diversidad de sus productos y de sus procesos. Para la mente moderna, aquélla no es más que una colección de hechos, reductibles todos a medida y, por tanto, uniformes y capaces de ser transcritos en el lenguaje de las matemáticas.

F. G.



cia de las viejas divinidades femeninas ante los nuevos dioses que iban introduciéndose en Grecia. El mismo nombre de Atenea parece indicar que era la divinidad femenina de los reyes de Atenas, que vivían en el castillo o acrópolis de la ciudad. Acaso más tarde se trató de sustituirla por Poseidón, quien ofreció el caballo en lugar del olivo que había dado Atenea. Pero la diosa venció y después de esta prueba quedó aceptada como una deidad virgen y guerrera.

Más evidente todavía es el carácter prehelénico de la diosa infernal que gobierna el

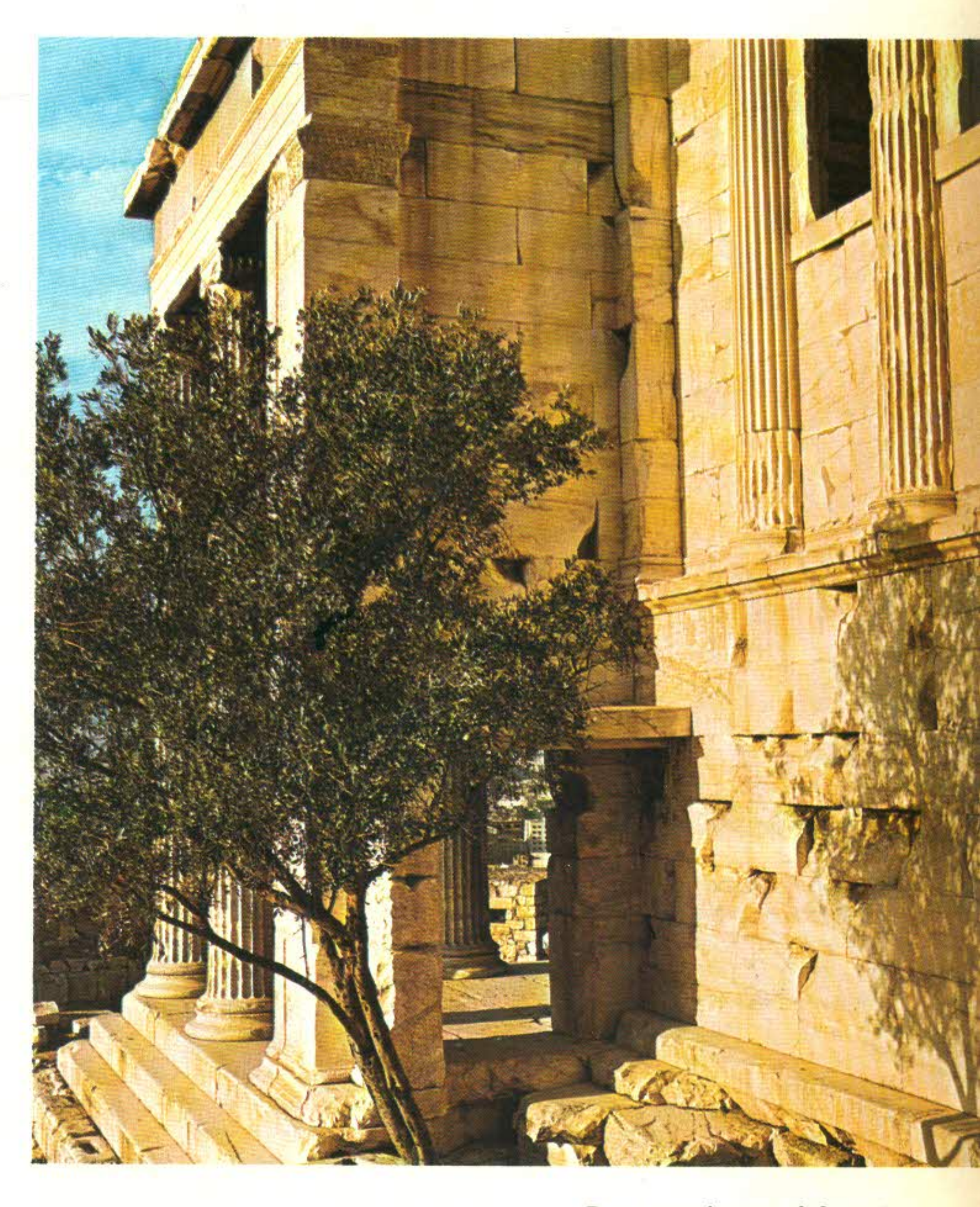
Hermes precediendo a una de las Horas (relieve procedente de Tasos). Esta divinidad conducía las almas al reino de ultratumba (Museo del Louvre, París).

reino de ultratumba, la Perséfone de los griegos, que los romanos llamaron Proserpina. A ésta se la ve evolucionar mejor que a ninguna otra divinidad clásica. En Creta se la ha encontrado con un vestido cubierto de serpientes, alusión a su morada subterránea. Ya hemos dicho que sus símbolos fueron el pilar y el hacha; en la entrada de la ciudad de Micenas puede verse todavía el tan conocido relieve de una columna entre dos leones. Los leones defienden la columna, como el paladión de la ciudad; la columna de Micenas es, pues, el símbolo de la misma diosa de Creta, que sería la divinidad principal de los pueblos prehelénicos. Después de la invasión dórica aparecen estatuas de una diosa en su trono o en su carro tirado por leones o serpientes, lo que expresa también que los dioses dorios no pudieron vencer por completo a la diosa subterránea de Creta y Micenas.

Una piedra tallada prehelénica representa ya a la misma divinidad actuando de soberana del reino de ultratumba. Para llegar hasta ella, en los días anteriores a la invasión dórica, en lugar de Hermes haciendo de heraldo, conductor de almas o Psicopompo, encontramos a ninfas con cabezas de animal, como los querubines bíblicos, que conducen las almas que han sido transformadas después de pasar por la crisálida del cuerpo. Y en lugar de Plutón, reina en el Hades la diosa prehelénica de pechos desnudos, con un león que guarda la entrada del mundo subterráneo y un grifo delante de su persona.

Sin embargo, donde creemos encontrar más supervivencia del culto prehelénico es, indudablemente, en los oráculos y misterios. Su influencia en la vida griega fue enorme; al lado del culto pomposo y público de los dioses olímpicos, en los que casi nadie creía, los oráculos satisfacían las necesidades místicas que sienten todos los pueblos, hasta aquellos que han caído bajo el yugo de unas gentes tan realistas como eran los dorios. Sorprende ya leer en la *Ilíada* que cuando Aquiles, presa de sincero dolor, recita una oración, ésta no la eleva al Zeus olímpico, sino al Zeus de Dodona, un santuario famoso de Beocia en donde se interpretaba a modo de oráculo el rumor que producían los robles de las cercanías al agitarlos el viento. Los sacerdotes de Dodona, en tiempo de Homero, son ya unos extraños "santones" que van descalzos y duermen en el suelo; pero hay referencias de que, con anterioridad a estos sacerdotes dorios que Aquiles recuerda en su oración, hubo en Dodona sacerdotisas, llamadas *palomas,* acaso porque para adivinar el porvenir se valían, como presagio, del vuelo de las palomas del santuario en lugar del ruido de los árboles. De manera que podemos aseverar, a pesar de la vaguedad de la información, que en Dodona había un santuario prehistórico de la diosa prehelénica, especializado en augurios, cuyas sacerdotisas se vieron obligadas a ceder el lugar a unos bárbaros invasores nórdicos, y éstos, sin dejar de practicar la adivinación, sustituyeron la diosa femenina por el padre Zeus y los robles susurraron las respuestas que antes daban con su vuelo las palomas.

La suplantación o cambio se advierte con más claridad aún en Delfos. El santuario está en un barranco profundo del monte Parnaso, donde había una grieta enorme por la cual salían vapores deletéreos. La tradición contaba que una vez un rebaño de cabras pacía cerca de la grieta y de pronto, al aspirar las bestias los vapores que de ella salían, empezaron a lanzar extraños balidos que llamaron la atención de los cabreros.



Para posesionarse de la acrópolis de Atenas, la diosa Atenea tuvo que luchar contra Poseidón (o quizá la cosa fuera al revés), en un concurso en el que cada uno de esos dioses ofreció dones a la ciudad. Poseidón dio el caballo, pero Atenea hizo crecer el olivo y ganó. Estado actual del Erecteón, en la acrópolis de Atenas, con un olivo plantado en el lugar en que, según la tradición, lo hizo surgir Atenea.



El macizo del Parnaso, que en uno de sus valles albergaba el santuario de Delfos, lugar sagrado desde la más remota antigüedad.

Uno de ellos se aproximó a la grieta y al instante empezó a profetizar: la fama del lugar se esparció luego por todas partes; otros vinieron y cayeron también en éxtasis, tomando el vulgo por oráculo aquel delirio. Y como varias personas, en el paroxismo que producían los vapores, habían caído en el antro y desaparecido para siempre, las gentes de los alrededores, según la tradición, determinaron organizar el servicio del oráculo, nombrando una profetisa, que para ejercer su ministerio se subía a un trípode dispuesto junto a la grieta. Todo esto ocurría antes de la llegada de los dorios, y antes de la conquista del santuario por el dios Apolo, porque entonces al oráculo se le llamaba el oráculo de la Tierra, y hasta una tradición asegura que el primero que profetizó en Delfos fue un sacerdote llegado de Creta. Según otra versión, que recuerda Pausanias, el oráculo de Delfos fue instituido por un tal Oleno y otros que con él llegaron de la tierra de los hiperbóreos, esto es, del Norte, y por tanto, dorios. "Y Oleno fue el primer profeta de Apolo, el primero en cantar en versos antiguos..."

Como se ve, en la historia de Delfos tenemos no sólo la tradición prehelénica de su origen, sino también la leyenda, que representa el esfuerzo de los dorios para atribuir el origen del oráculo a uno de los suyos. Sin embargo, la leyenda de Apolo no deja lugar a dudas: el dios arquero es el segundo, por lo menos, en ocupar el santuario y su fortuna allí fue rápida. Pausanias recuerda la existencia sucesiva de cinco templos de Apolo en el lugar del oráculo en Delfos, pero es probable que fueran más de cinco las restauraciones y siempre más notables. La sucesión de los diversos tipos de edificio mencionados por Pausanias revela el progreso constante, desde la choza prehistórica al edificio de piedra y de éste al de mármol.

Este templo de piedra de Apolo, en Delfos, se quemó en el año 547 a. de J.C., fue reedificado algo más tarde por los Alcmeónidas y en el siglo siguiente se levantó el magnífico edificio cuya planta han puesto al descubierto las excavaciones.

En el friso del templo de Delfos se leía la famosa inscripción: "Conócete a ti mismo", que es la mejor lección que nos ha legado

"A partir del siglo VII, las ciudades griegas se desarrollaron en dos direcciones diferentes, a saber: una en gran medida espontánea, irregular y "orgánica" en la parte continental de Grecia y sus islas, y otra, más o menos sistemática y rigurosa, en las "poleis" jónicas de Asia Menor. En la primera predominó el espíritu de la acrópolis; en la segunda, el del Ágora. Una se aferró a las antiguas creencias religiosas, sólo para terminar aplastada por fuerzas internas y externas que era incapaz de entender y que no supo controlar. La otra organizó un nuevo modo de vida, en el que la agricultura estaba en segundo lugar en relación con el comercio. Pero tanto una como otra fueron constantemente socavadas y desintegradas por la guerra y la conquista. En el curso de este período inicial de desarrollo, las ciudades jónicas fueron reiteradamente destruidas por los ataques y reconstruidas. La primitiva historia de Troya se repitió una y otra vez. Si bien estas nuevas ciudades pueden haber presentado al comienzo múltiples rasgos residuales heredados de un período anterior de dominio militar y religioso, sus nuevos trazados urbanos eran la expresión directa de una sociedad esencialmente mercantil. El principal filósofo del siglo VI, Tales de Mileto, uno de los Siete Sabios de Grecia, fue tal vez el primer estudioso sistemático de la naturaleza cuyo pensamiento no tuviera un fundamento religioso; en otras palabras, el arquetipo del físico" (MUMFORD, Lewis, "La ciudad en la historia", págs. 234-235, Buenos Aires, 1966).





Apolo y Artemisa en un carro tirado por ciervos, obra de Ictinio (siglo V a. de J. C.). Apolo, hijo de Zeus y de Latona y hermano gemelo de Artemisa, es un dios solar y viajero, en el que quizá se reúnan dos o más divinidades primitivas. Vivía rodeado por las nueve musas en el monte Parnaso; construyó las murallas de Troya, Naxos y otras ciudades; mató a la serpiente Pitón, etc. En Delfos, donde estaba su santuario más famoso, suplantó a una divinidad prehelénica.

la antigüedad. Pero además de aconsejar por medida de prudencia, y como el mejor oráculo, este régimen de introspección, la sacerdotisa continuaba emitiendo ambiguas sentencias, unas veces en prosa, otras en verso. Si la intoxicación no llegaba a ser suficiente para que hablara en verso la profetisa, había en el santuario poetas profesionales que se encargaban de poner los conceptos del oráculo en versos bien rimados. Las indicaciones a veces eran claras y bien definidas, pero en otros casos el interesado no sabía qué partido tomar, pues si reclamaba una explicación, ésta era para confundirle más todavía. Más tarde, la profetisa aclaraba el oráculo cuando había podido apreciar sus consecuencias. Así, por ejemplo, Creso, rey de Lidia, preguntó al oráculo si debía atacar a Ciro, rey de Persia, y la profetisa le contestó únicamente que él, Creso, destruiría un gran reino. Confiado en estas palabras, Creso atacó a Ciro y fue derrotado, y al preguntarle después al oráculo por qué le había engañado, éste respondió que los hechos habían confirmado su predicción, porque Creso había destruido su propio reino por su imprudencia en atacar a Ciro, el gran monarca persa.

En la época clásica era tanta la demanda de augurios, que dos profetisas se relevaban para que el oráculo funcionara constantemente; pero en el siglo II de nuestra era, cuando Pausanias visitó el santuario de Delfos, bastaba una mujer para atender a los postulantes. Las profetisas debían ser vírgenes y antes de empezar a profetizar tenían que obtener un agüero favorable, para lo cual mojaban la cabeza de una cabra. Si la bestia, al sentir la humedad, temblaba y sacudía todos sus miembros, esto quería indicar que la fortuna sería propicia a la interesada, y la profetisa, después de sacrificar el animal, subía al trípode para declarar el oráculo. Si la cabra, con la rociada del agua, permanecía inmóvil, era considerado como un mal agüero, y en este caso la doncella renunciaba a ejercer el ministerio profético. El lector quedará sorprendido, de seguro, por el carácter algo grotesco del procedimiento que se usaba en Delfos para obtener los oráculos y aún más extraño habrá de parecerle que su prestigio fuese tan universal y durara tantos siglos. Porque no eran sólo monarcas extranjeros, como Giges, Midas, Creso y hasta el faraón Amasis, de Egipto, los que solicitaban obtener una respuesta de la muchacha casi asfixiada por los vapores del antro de Delfos, sino que filósofos como Sócrates y Pitágoras concedían al oráculo cierto valor espiritual.

Una de las razones de la popularidad del oráculo era su absoluta independencia. Aunque el lugar tenía un origen prehelénico y los dorios impusieron en él a su dios Apo-

APARICION DE LA ACTITUD TEORETICA Y DE LA FILOSOFIA

El hecho histórico ocurrido en el tránsito del siglo VII al VI, de que unos pensadores milesios constituyeran la primera escuela filosófica significa mucho más que la difusión de una nueva doctrina, la irrupción de una original manera de ver la realidad, de la cual derivará con el tiempo el saber filosófico y científico.

La referencia primaria del hombre a las cosas de su mundo consiste en utilizar lo que está a su alcance para satisfacer las necesidades vitales más perentorias y en modificar el ambiente mediante el trabajo, para conseguir las condiciones mínimas de subsistencia. En este trato utilitario, el hombre se orienta según sus necesidades y vive absorto en lo que puede satisfacerlas. Los usos y las creencias de la colectividad de la que forma parte se injertan en el vivir elemental cotidiano a manera de normas y esquemas de acción que hacen posible la vida común. La naturaleza, en un principio, aloja en su seno los primeros grupos humanos, no sólo como habitáculo donde éstos moran, sino, sobre todo, como horizonte último donde se proyectan inquietudes y temores y se justifican confianzas y propósitos.

Con la vida en las ciudades, la ampliación de los conocimientos geográficos mediante viajes e incursiones y el desarrollo de las técnicas, la relación interhumana se hace más densa y variada, las opiniones y creencias diversas entran en conflicto, y lo que parecía claro y seguro es puesto en crisis, porque hay otras gentes que no ven el mundo de igual manera. Al mismo tiempo, las nuevas condiciones económicas permiten a algunos liberarse de la agobiante tarea del trabajo manual. Los hombres se despegan progresivamente del seno de la naturaleza y, puestos ante ella, la convierten en problema y en objeto de su curiosidad e interrogación. Platón en su diálogo *Teetetes* y Aristóteles en la *Metafísica* afirman expresamente que el asombro y la extrañeza son el principio de la filosofía.

El asombro es realmente el factor que distancia al hombre respecto de aquello que, por obvio y trivial, nunca había sido objeto de su atención. La vida transcurre según su natural rutina hasta que algo sorprendente, por insólito o trágico, inquieta y mueve a pensar. Aparecen entonces los problemas, palabra que etimológicamente quiere decir obstáculos o barreras en los que uno tropieza.

El problema obliga a considerar los aspectos más notorios de lo que se presenta como tal, para intentar descubrir en ellos una alusión o una vía hacia algo latente u oculto que permita solucionarlo, o sea literalmente, disolver la dificultad y seguir adelante.

Con esto, se tienen las dos condiciones necesarias para el desarrollo del saber: la posición del objeto como presencia inmediata de una dificultad que se hace patente en su mismo modo de mostrarse, y la mirada interrogativa del hombre que, llevado por su inquietud, busca una salida, es decir, algo tras o bajo lo dado, que armonice o unifique la sorprendente contradicción inicial.

Los problemas y la extrañeza que despiertan pueden tener mayor o menor importancia. Algunos se refieren a cuestiones limitadas y particulares, otros a temas generales. Estos últimos, como que afectan a la colectividad y se presentan con regularidad, han recibido una solución típica mediante los mitos y las creencias del grupo, que dan una interpretación tranquilizadora de los grandes temas de la inquietud y angustia de todos. Naturalmente, las creencias tradicionales no se limitan a proponer respuestas separadas a las cuestiones últimas, sino que la versión religiosa de las cosas se difunde ampliamente e informa la vida y la experiencia enteras de sus fieles.

La actitud filosófica comenzó cuando hubo quienes, prescindiendo de este velo de interpretaciones tradicionales, se asombraron ante la naturaleza tal y como se presentaba y, extrañados por algunas de sus manifestaciones (los cambios, la variedad de las cosas, los fenómenos astronómicos), se plantearon la gran cuestión de si, a pesar de las apariencias, podía ser que todo, "en el fondo", fuese una y la misma realidad, y se esforzaron por averiguar cuál podía ser esta realidad primordial.

El problema era, pues, general y, por tanto, la solución que se pretendía hallar había de ser fundamental y única.

La actitud de los primeros pensadores era rigurosamente teorética, o sea contemplativa. Su pregunta no estaba inspirada por urgencia vital alguna ni por terrores o sobrecogimientos. Pretendían ser simplemente espectadores, pero a la vez inquisitivos, es decir, observaban con activa atención para que las cosas mismas, no las creencias venerables, les diesen la respuesta.

La solución que entrevieron a su magna cuestión había de ser, además de objetiva, fundamentada, o sea, capaz de ser justificada mediante argumentos racionales. Ciertamente sus razones eran pobres e insuficientes. Pero lo que importaba era su aspiración a llegar a un saber riguroso y total. Un tal afán es lo que expresamente fue denominado más tarde "filosofía".

F. G.

LA FILOSOFIA DE ANAXIMANDRO, TRANSPOSICION DIRECTA DE LA COSMOGONIA EGIPCIA

Anaximandro, discípulo de Tales de Mileto, es influido, como éste, por las ideas cosmogónicas de los egipcios, de tal modo que algunas de sus ideas se han presentado como transcripción directa del sistema solar de Heliópolis.

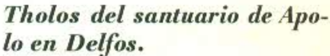
COSMOGONIA SOLAR EGIPCIA	ELABORACION DE ANAXIMANDRO
Caos primordial.	En el principio existe la materia, sustancia ilimitada o infinita bajo la forma de caos.
El espíritu difuso en la materia cobra consciencia de sí mismo y se convierte en el principio creador (Ra), cuyas primeras criaturas serán el fuego (Shu) y el aire (Tefnet).	La materia dotada de movimiento segrega dos elementos: el frío-aire y el caliente-fuego.
El universo se forma bajo la voluntad de Ra, y el "ka" o principio divino se encuentra en todas las criaturas.	Todas las cosas van apareciendo por sucesiva separación de la materia, que todo lo infunde.
Todos los "ka" individuales purificados de sus encarnaciones materiales regresan al propio "ka" del mundo, que no es otro que Ra.	Todo procede de la materia; la evolución conduce las cosas a su disolución en la materia.

lo, el oráculo no concedía predilección a ninguna raza ni se inmutaba ante los grandes de la tierra. Un día el tirano de Sicione, Clístenes, probablemente un antiguo aristócrata de raza prehelénica que había conseguido por el momento contrabalancear la dominación de los dorios, hizo preguntar al oráculo de Delfos lo que le convenía hacer para acabar con la imposición de un nuevo culto de los invasores. Estos habían introducido en Sicione el culto a un héroe llamado Adrasto, que acaso les había guiado en los días de la emigración, y esta nueva superstición irritaba en grado sumo a Clístenes. La respuesta del oráculo fue terminante: Adrasto es el verdadero rey de Sicione y Clístenes es un usurpador. Se comprende que semejante libertad de lengua debía agradar a los dorios, quienes no hacían nada sin consultar antes al oráculo de Delfos; es además sorprendente que en los escritos de los antiguos, donde a menudo se hace la crítica de los dioses olímpicos, nunca, ni por una sola vez, se comentan con irreverencia las palabras del oráculo. Además, los griegos fijaban en Delfos el centro de la tierra, como más tarde, en la Edad Media, se creyó que estaba en Jerusalén.

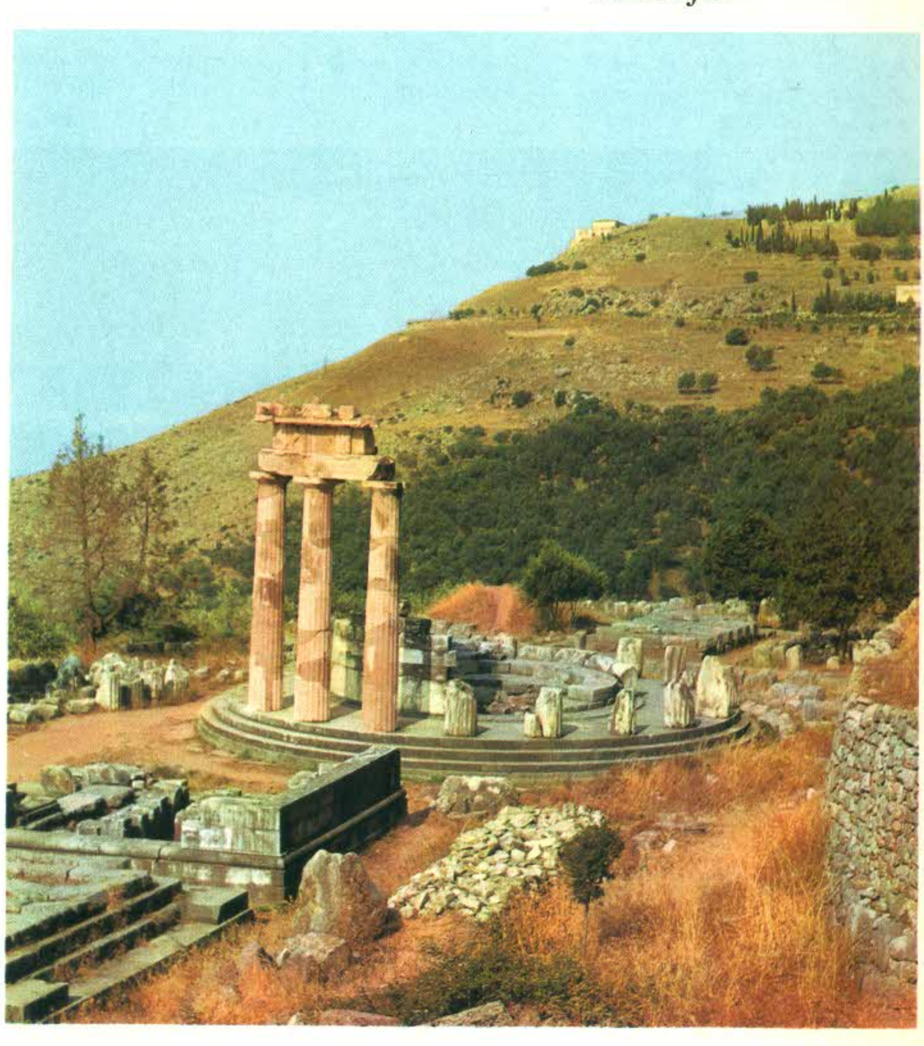
La misma impresión de antigüedad y de prestigio secular recibimos al tratar de enterarnos de lo que eran los famosos cultos llamados *Misterios*. Los sacerdotes de los más venerables de estos cultos, que eran los misterios de Eleusis, en el Atica, pertenecían a la antigua familia real de Eleusis, cuyos miembros eran llamados los *eumólpidas* y se transmitían rigurosamente sus cargos sacerdotales de padres a hijos. Pero los eumólpidas no podían celebrar el culto sin el concurso de otra familia principal de la propia ciudad de Eleusis, de la que salían las sacerdotisas que debían actuar con ellos en las ceremonias religiosas. Estas sacerdotisas nos revelan el origen prehelénico del culto de Eleusis. Además, los misterios se celebraban seguramente con objeto de iniciar a los neófitos en los secretos de la vida de ultratumba. Para ello se representaban una serie de cuadros plásticos en los que los eumólpidas y las sacerdotisas figuraban como actores. El tema que se desarrollaba delante de los asombrados neófitos era la leyenda de Perséfone, raptada por Hades, y sólo después rescatada por su madre del reino de las sombras. Las ceremonias de iniciación de los neófitos empezaban ya en febrero, cuando los candidatos se reunían en Atenas para lo que se llamaba los *Pequeños Misterios*. Sin embargo, la verdadera iniciación no se verificaba hasta septiembre. El día 22 de este mes se reunían de nuevo los neófitos en Atenas y, después de varias fiestas y sacrificios, emprendían la marcha hacia Eleusis, cantando y deteniéndose a menudo para verificar nuevas ceremonias. En la noche del 22 al 23 empezaban los ritos en Eleusis. La caravana, acampada fuera del recinto del templo, que permanecía cerrado, se desbandaba para correr cada uno por los montes y la playa inmediata, llevando antorchas encendidas y llamando a grandes voces a la diosa. Cuando después de algunas horas de correr y gritar se reunían los fieles en la puer-



Lucha de Apolo y Heracles por el trípode délfico (detalle del frontón del tesoro de los Sifnios, del siglo VI a. de Jesucristo).



Tholos del santuario de Apolo en Delfos.



EL PROBLEMA DE LA INFLUENCIA ORIENTAL EN LA FILOSOFIA Y LA CIENCIA JONIAS

La cultura occidental europea procede en buena parte de la civilización griega: de ahí el interés desmedido por Grecia y su cultura y por conocer objetivamente cuál es la real trascendencia del fenómeno griego en la historia del mundo. Dos posiciones extremas pueden discernirse.

EL MILAGRO GRIEGO

En el siglo VI a. de J. C., en el pequeño país que es Grecia, ni el más poderoso ni el más rico, los hombres habrían descubierto la facultad de pensar y razonar: en este momento nacían la filosofía y la ciencia.

NADA NUEVO BAJO EL SOL

Los griegos no habrían descubierto ni inventado nada. Recién llegados a una civilización que existía desde hacía tres mil años, los griegos, con un espíritu agudo y especulativo, acumularían los conocimientos de las culturas del Próximo Oriente, los habrían asimilado y transmitido a Occidente.

Actualmente, superadas y sustituidas por una posición sintética.

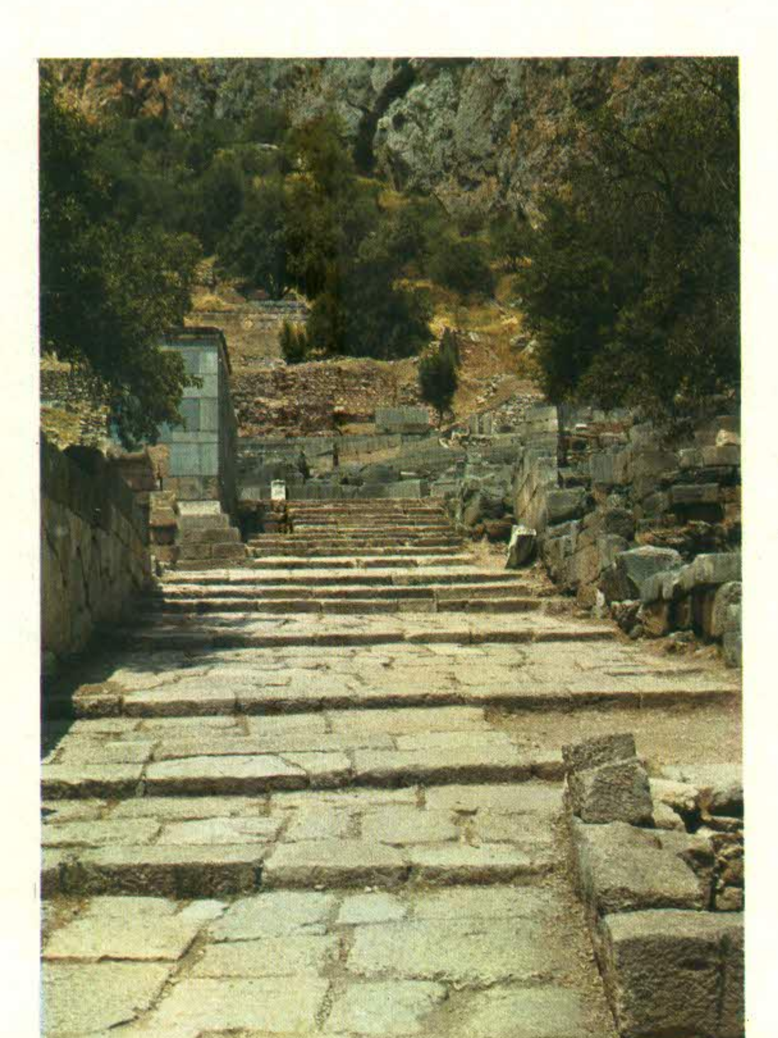
Las civilizaciones orientales, Egipto y Mesopotamia sobre todo, poseían un elevado nivel de conocimientos técnicos y científicos, y habían elaborado sistemas de explicación del universo.

Estos conocimientos de los orientales fueron transmitidos a Jonia por intermedio de Lidia o por contacto directo de los jonios con el mundo oriental.

En este sentido, el pensamiento griego procede directamente del pensamiento oriental, pero los griegos aportarán un punto de partida y un método de elaboración.

La pregunta: ¿qué es el universo?, sería común a las civilizaciones orientales y a la griega. Sin embargo, para las primeras esta pregunta es simultánea de otra cuestión: ¿cuál es la relación Dios-universo? El punto de partida de las civilizaciones orientales sería religioso. Esto crea al pensador oriental un compromiso con las tradiciones religiosas, con los distintos cultos y costumbres, que deben ser integrados y coordinados en la explicación total del universo, que será tanto más válida cuanto más capaz sea de dar un sentido religiosamente coherente a sus elementos contrapuestos.

Para los griegos, la pregunta: ¿qué es el universo?, podía ser contestada aparte de la religión. El pensador griego es libre de dar cualquier respuesta a su pregunta y busca, entre todas las respuestas posibles, la que le parece más verosímil, más racional.



Aspecto de la Vía Sagrada en el santuario de Delfos.

ta del santuario, empezaba un largo y profundo silencio que contrastaba con la agitación anterior. Envueltos por la oscuridad, los neófitos veían al fin abrirse las puertas y entre las tinieblas distinguían la entrada del *telesterión*, donde iba a representarse el místico drama, para ellos lleno de enseñanzas.

No sabemos cuál era el orden de la representación del *Misterio* de Eleusis ni si duraba una sola noche o bien continuaba en la del 23 al 24 lo que había comenzado el 22, pero es evidente que se trataba de una sucesión de escenas místicas de doble sentido, cuyo efecto se aumentaba con la música y por medio de luces extrañas cuyo origen no se ha puesto en claro todavía. El *telesterión* era una sala cuadrada que ha aparecido enteramente destruida en las modernas excavaciones; se ven basas de columnas para sostener el techo y poyos a cada lado para sentarse, de manera que los cuadros plásticos debían representarse en el centro; pero no sabemos, ni es fácil que se averigüe nun-

ca, si habría un segundo piso donde, a través de una claraboya, pudiera verse la teogamia o cópula del dios con la diosa.

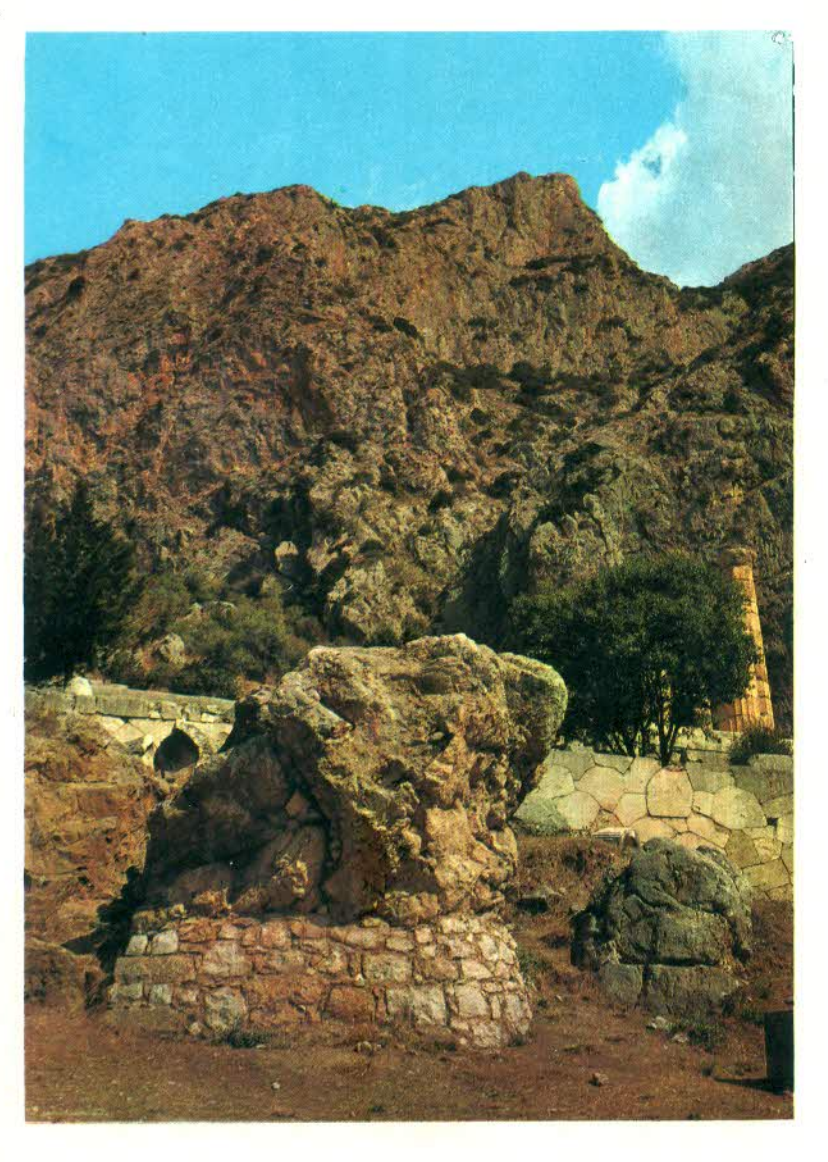
Esta era la significación tremenda del misterio de Eleusis: Hades, señor del Infierno, violaba a la doncella Cora, hija de Deméter, y la conducía a su morada, admitiendo a participar en la fiesta a los neófitos. La familiaridad que representaba el permitir los dioses infernales asistir a sus nupcias garantizaba la seguridad de que en el Hades las almas de los iniciados serían tratadas de modo muy diferente de las demás del reino de los difuntos. Si los dioses los habían aceptado para presenciar sus ansias y amores, al llegar al mundo subterráneo las almas de los que habían asistido a los misterios encontrarían a Hades y Cora dispuestos a recibirles como íntimos huéspedes y comensales. No perderían el recuerdo de su vida terrena y allí, en el Infierno, gozarían de la compañía de otros dioses y de los espíritus regenerados.

Para comprender bien lo que esto significa hay que recordar que los griegos no podían tener la esperanza de ascender a un cielo olímpico o un Walhalla en las nubes. Zeus-Júpiter y sus compañeros en el Olimpo no permitían que nadie se les agregara, a no ser que fueran héroes nacidos de sus amores en la tierra. Ninguna virtud o esfuerzo humano podían dar derecho a entrar en el Olimpo. Si Hércules fue admitido al banquete de los dioses, no fue por sus trabajos inauditos, sino por ser hijo de Zeus. Aquiles, que es sólo hijo de la ninfa Tetis, esposa de Peleo, sabe perfectamente que, a pesar de sus proezas y sacrificios delante de Troya, su destino después de muerto es ser un fantasma incapaz de pensar y recordar en el reino de las sombras. Este lúgubre destino se desvanecía con la seguridad que daba el haber sido iniciado en los misterios de Eleusis. La vida del mundo subterráneo ya no aparecía con aquellas oscuras perspectivas. El iniciado había percibido luces fantásticas pero bellas y cantos dulcísimos. Había visto con sus propios ojos una doncella –una Cora humana y real– ser escogida por el señor del Hades para compañera y sentarse junto a él en el trono. Era el matrimonio del alma con el dios, base de todos los misterios en todas las religiones.

El silencio de la grave ceremonia es recordado con terror en las cortas y ambiguas referencias que tenemos de los misterios de Eleusis; y si a los nueve días de ayuno que los neófitos llevaban ya antes de emprender la marcha de Atenas a Eleusis, y a su fatiga después de buscar a Cora, y acaso al *kikeón* que bebían antes de entrar en el *telesterión*, se añade la sorpresa de los ricos ropajes de los sacerdotes-actores, bailando danzas prehistóricas entre fantásticas luces, ya no será de extrañar que los asistentes se sintieran conmovidos y agitados y que se realizaran en Eleusis lo que, en términos modernos, llamamos *conversiones*, o principio de una

Nióbida moribundo (Galería de los Uffizi, Florencia). Níobe, madre de seis hijos y seis hijas, hizo gala de su fecundidad ante Latona, madre de Apolo y Artemisa, quienes mataron con sus flechas a Níobe y sus hijos para vengar la ofensa hecha a su madre.





Roca de la Sibila en Delfos. Las emanaciones que surgían de la tierra en este punto intoxicaban a la sacerdotisa y en un estado de casi inconsciencia contestaba a las preguntas que se le habían dirigido. Por lo general, éstas tenían doble sentido y eran muy difíciles de interpretar.

nueva vida, más espiritual que la que se había llevado anteriormente. Mucho se ha divagado sobre este punto, pero hoy empezamos a comprender que si es posible que algunos experimentaran la influencia de los misterios, ésta fue superficial.

Los antiguos insisten, sin embargo, en la nueva vida que cobra el iniciado durante las horas que pasa en el *telesterión;* Platón, por ejemplo, habla de los misterios con gran respeto y añade que lo que allí se distingue viene a ser como las ideas puras, el alma de todo lo que nos rodea. Los padres de la primitiva Iglesia cristiana, que son los que nos han conservado más detalles de las ceremonias de iniciación, no dejan de reconocer sus efectos beneficiosos. Es indudable que el iniciado en los misterios debía de tener una fe sólida en la vida futura, en una región donde los dioses obran como mortales y que reinan seres que son dechado de belleza moral y donde brillan luces y suenan voces más claras que las de la tierra.

Tanto la religión de los dioses olímpicos como estos cultos esotéricos de los misterios pasaron sin dejarnos un libro canónico donde se precisaran dogmas y doctrinas. Grecia presenta el extraño fenómeno de unas gentes que tuvieron intensa vida religiosa sin experimentar la necesidad de un sacerdocio regular ni de un libro sagrado. Ni tan sólo se precisó el número y carácter de sus dioses.

Acostumbrados como estamos a ver que en Oriente las cosas divinas son patrimonio exclusivo de la clase sacerdotal, causa sorpresa encontrarnos con que el que sistematizó en Grecia la historia de sus dioses fue un poeta campesino que vivía en Beocia durante el siglo VIII a. de J. C. Ya hemos hablado de él. Se llamaba Hesíodo y no tenía cultura literaria de ninguna clase. Su padre había llegado del Asia, de la colonia griega de Crimea; era un emigrante desengañado que volvió sin fortuna, para morir al menos en su "vieja tierra" llena de recuerdos. El padre de Hesíodo se estableció en un pequeño villorrio llamado Ascra, al pie del monte Helicón, y allí vivieron siempre el poeta y su hermano, consumiendo ambos sus energías en disputarse ante los jueces la pequeña herencia que les dejara su padre. Un día que Hesíodo guardaba su rebaño se le aparecieron las Musas, encargándole que escribiera un libro sobre los dioses. Y sin vacilar se lanzó a componer el poema llamado *Teogonía,* que los griegos acabaron por venerar como su libro sagrado. Algunos versos resumidos en mala prosa son como sigue:

Primero fue el Caos, después la Tierra, el Tártaro o abismo y Eros o el amor... Eros es "el más hermoso de entre los dioses, – el que en seguida dioses y humanos – hace mover, y hasta al más fuerte – de pensamiento él lo reduce – y satisface...". El Caos produce la Noche y ésta, a su vez, crea el Día, mientras que la Tierra ha creado los Cielos, las Montañas y el Mar. En este punto, Eros o el amor entra en acción: hace que se unan la Tierra con el Cielo y de su unión nacen el Océano, los Titanes y los Cíclopes. El señor de esta primera progenie de dioses es Urano, el cual, temiendo ser destronado, a cada hijo que nace lo condena a ser enterrado otra vez en las entrañas de la madre Tierra; ésta, desesperada de tener que sepultar a sus propios hijos, arma a uno de ellos, llamado Cronos, de una cuchilla para que resista a su padre. Cronos mutila a Urano y reina él en su lugar. Por este tiempo aparecen Venus y el Sueño, la Muerte y las Nereidas, los ríos y una multitud de otros dioses suficiente para hacer perder la cabeza. Por fin, de Cronos nace Zeus, y una nueva cohorte de dioses comienza a reinar en lugar de los compañeros

de Cronos, que es el mismo que llamaron Saturno los romanos. El reinado de Zeus con su familia de dioses y la lucha de las milicias del Olimpo con los Titanes inspiran a Hesiodo magníficos fragmentos de poesía.

Pero ya se comprende que una obra así no podía satisfacer a las conciencias piadosas ni mucho menos a las inteligencias cultivadas. Y sin las barreras de un dogma ni una autoridad eclesiástica para condenar las especulaciones peligrosas, debieron de aparecer pronto en Grecia espíritus bastante audaces para analizar por su cuenta los fenómenos y dar libremente una explicación científica del universo. Estos primeros físicos o filósofos son la gloria mayor de Grecia; su legado todavía es útil, pues, aunque parezca extraño, podemos aprovecharnos aún de sus ideas, y más que nada aprender de su curiosidad y aplicación.

El primer filósofo –que mejor podríamos llamar pensador– de Grecia fue Tales, de Mileto, colonia de los jonios en Asia. Tales debió de ser una mezcla de hombre práctico y soñador, tipo muy común entre los griegos. Cuentan que una vez, embebido en mirar las estrellas, cayó en un pozo, pero también se recuerda que, habiendo previsto por señales atmosféricas que se obtendría una gran cosecha de aceitunas, arrendó con anticipación los molinos de aceite de Mileto, realizando con su monopolio grandes provechos. Tales predijo el eclipse de sol del día 28 de mayo de 585, que hizo suspender una batalla que se estaba librando entre medos y lidios. Tales debió de atreverse a vaticinar fenómenos astronómicos y meteorológicos aprovechándose de observaciones de los antiguos babilonios. Viajó también por Egipto y Asia, como su contemporáneo Solón, y hasta se añade que los antecesores de Tales eran fenicios que se habían establecido en Mileto. Es fácil también que Mileto, antes de ser colonizada o restaurada por los jonios, hubiese sido una antigua ciudad prehelénica del Asia y que allí quedaran tradiciones de una escuela filosófica más antigua. Si esto fuese verdad, se acumularían en Mileto, y especialmente en Tales, los conocimientos todos del pueblo prehelénico y lo

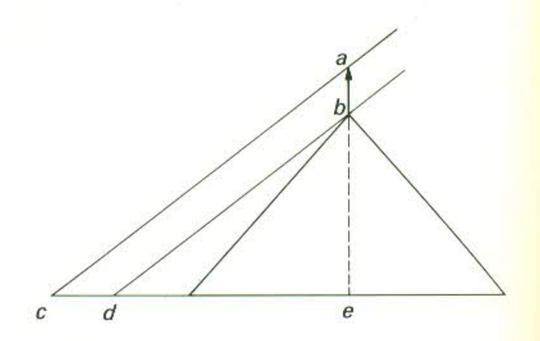


La importancia del oráculo de Delfos fue tanta, que no sólo lo consultaban los griegos, sino que hasta reyes extranjeros acudían a él en busca de consejo. Uno de éstos fue Creso, que aparece en esta ánfora griega a punto de ser quemado en la pira (Museo del Louvre, París).

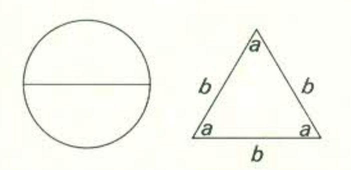
Supuesto busto imaginario de Hesíodo (Museo del Louvre, París). Este gran poeta griego primitivo dedicó grandes fragmentos de su obra a narrar las peripecias de los dioses en el Olimpo.

que podían saber de cosmografía los fenicios con algo que el propio Tales, en sus viajes, pudo alcanzar a comprender de la ciencia de los sacerdotes orientales. Lo positivo es que Tales, en el estado actual de estos estudios, es aún el primer griego que trata de dar una explicación física del universo. Por esto, él y sus continuadores son llamados "físicos de la escuela jónica de Mileto".

El primer punto capital de las ideas de Tales es que no se preocupó de buscar un creador para el cosmos o universo físico. Es verdad que Tales decía que el mundo está lleno de dioses, pero se refería al alma o energía que tiene cada cosa. Para Tales, como para los demás filósofos-físicos de la escuela jónica, la *psique* o alma no era solamente el conjunto de facultades anímicas que constituyen el espíritu del hombre y de todos los seres animados, sino el agente universal que se manifiesta en toda la naturaleza, aunque con caracteres muy variados; por esto Tales habla de los dioses en plural. Pero su mérito consiste en haber sido el primero en preguntarse, no cuál fue la sustancia original de que se formó todo, sino qué es actualmente lo que todo es. Para Tales, todo es esencialmente agua; el agua forma vapores, que son el aire, las nubes y el éter o atmósfera luminosa, y hasta los astros son estos vapores encendidos. El agua forma también los cuerpos sólidos por condensación, y la Tierra flota en el agua como una madera... Sin querer llegar a hacer de Tales de Mileto un hombre de ciencia a la moderna, con teorías basadas en la observación y la experiencia, no hay duda que lo que de él sabemos revela una penetrante curiosidad y un temperamento enciclopédico, muy interesado en todos los fenómenos naturales. La idea de que los terremotos tienen algo que ver con los cambios de temperatura, que Tales adelantó y que hoy vuelve a tomarse en consideración por los geólogos, demuestra gran agudeza por parte del físico de Mileto. La anécdota de que él enseñó a los sacerdotes egipcios a medir la altura de las pirámides prueba especial conocimiento de las propiedades de los triángulos, que hace sospechar que a Tales debemos los principios fundamentales de la geometría griega. El sistema por él propuesto para medir la altura de las pirámides de Egipto es el siguiente: colocando un bastón ab, de medida conocida, en la punta de la pirámide, la relación entre ab y su sombra cd es la misma que entre la altura de la pirámide be y su sombra de. Esto es, $ab : cd = be : de$. La longitud del palo ab es conocida, las sombras cd y de pueden medirse en el suelo, y con estos datos ya no existe dificultad ninguna para saber la altura de la pirámide. La verdad es que parece extraño que Tales tuviera que enseñar a los egipcios la manera de medir sus pirámides y



hoy se tiende a creer que Tales fue a Egipto más bien para aprender que para enseñar... Pero lo positivo es que estas reglas, descubiertas o aprendidas por Tales, fueron el punto de partida de las matemáticas griegas; así, a él se atribuyen los siguientes teoremas, o mejor dicho, axiomas, evidentes por sí mismos: 1.º Un círculo es cortado por mitad por su diámetro. 2.º Los ángulos de un triángulo de lados iguales son iguales. 3.º Los ángulos que forman dos rectas que se cortan perpendicularmente son iguales... Y otras proposiciones semejantes que fueron la base de la geometría de Euclides.





Artemisa, la hermana de Apolo, fue sorprendida mientras se bañaba por el cazador Acteón. La diosa, irritada porque la hubiera visto desnuda, le transformó en ciervo y lo devoraron sus propios perros. Representación de este mito en una crátera ática (Museum of Fine Arts, Boston) y en una metopa del templo de Selinonte (Museo Nacional de Palermo).

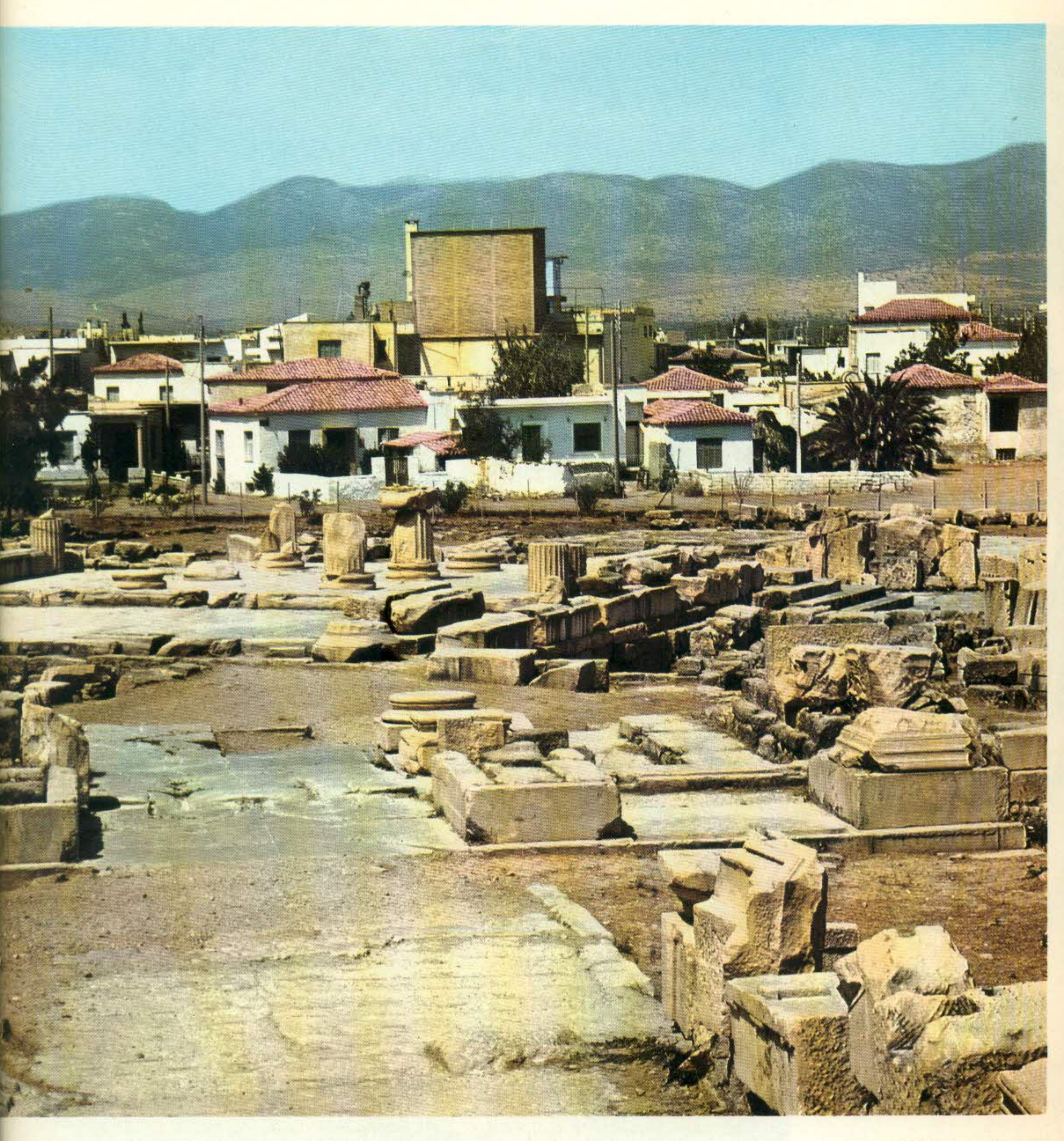


La llamada Deméter de Cnido (Museo Británico, Londres). Esta divinidad, de origen asiático, representa en realidad a la Tierra; su hija, Cora, fue raptada por Hades, el dios subterráneo. Ante las súplicas y amenazas de la madre, Zeus consiente en que Cora regrese temporalmente cada año al mundo superior de los dioses. El culto dedicado a esta diosa originó los misterios de Eleusis.

La escuela de Tales en Mileto continuó el camino señalado por su fundador. Así se atribuye al sucesor de Tales, Anaximandro, la observación de que el hombre necesita más tiempo para crecer que los animales. Esto probaba que si el hombre hubiese sido siempre tal cual es ahora, no hubiera podido subsistir en la lucha por la existencia, y de aquí la idea de que el hombre tenía que descender de un animal más primitivo. La forma de la Tierra, para Anaximandro, se parecía a un pilar pequeño, como un tambor, que flotaba en el espacio, y no caía porque no tenía ningún motivo para caer hacia un lado más bien que hacia el otro lado. Y como el espacio era infinito, debía haber otros cosmos, *οὐρανός*, con tierra, cielos, estrellas, etc. Estos cosmos se producían por agitaciones locales, torbellinos o remolinos, que Anaximandro llamaba *dioses*, y eran fuerzas que, apareciendo en un lugar del espacio, condensaban y agitaban la materia en un sistema o cosmos como el que habitamos nosotros. Los remolinos de Anaximandro fueron populares no sólo en la filosofía griega, sino también en la literatura, y así, Aristófanes, en *Las nubes*, bromea diciendo que el torbellino destronó a Zeus y reina en su lugar.

Discípulo de Anaximandro fue Anaximenes, para quien la sustancia primitiva es el aire, que por condensación forma todos los demás cuerpos. El aire o aliento es nuestra alma, y "así como nuestra alma, que es aire, mantiene unido a nuestro cuerpo, del mismo modo el aire penetra y anima el universo". El aire, pues, es dios. La Tierra flota en el aire como una hoja, y también los astros, y como el disco de la Tierra está algo inclinado, esto hace que los astros se escondan cada día detrás de su plano.

Estos tres "sabios" forman el grupo que se llama la escuela jonia. Su importancia deriva de que no trataron de explicar el origen del cosmos visible con doctrinas mitológicas como las de Hesíodo y los orientales fenicios, babilonios y aun egipcios, que hacen a los dioses crear el mundo, sino que creen que todo está compuesto de esencias que llamaron *principios, raíces,* origen de los cuatro elementos. Pero no hay que olvidar que en la época en que los filósofos o sabios jonios emitían estas ideas sobre el origen de la naturaleza, el pensamiento estaba aún invadido por el animismo prehistórico que concedía a todo un poder espiritual, comenzando por el *húmedo elemental* propuesto por Tales de Mileto, que suponía impregnado de demonios que daban vida individual, como el *aire* de Anaximenes o el *espíritu* de Anaxágoras, al que concedía inteligencia y amor para formar los seres.



Vista parcial de las ruinas de Eleusis, con la ciudad moderna al fondo. Esta ciudad del Ática gozó de amplia popularidad gracias a los cultos que en ella se dedicaban a Deméter y a Cora (Perséfone).

La escuela jonia acabó con la destrucción de Mileto por los persas, el año 494 a. de J. C., pero esto mismo debió de contribuir a la dispersión de su espíritu por toda la Grecia. El que parece más bien un propagador de las ideas jónicas que filósofo original es el famoso Jenófanes, de Colofón, cerca de Mileto, quien viajó por Sicilia y la propia Grecia, sin rumbo fijo, al principiar el siglo V a. de J. C. Ya hemos dicho que Jenófanes es el primer autor que menciona a Homero, pero lo hace para decir que Homero y Hesíodo han atribuido a los dioses todas las vergüenzas y desgracias de los mortales, robos, engaños y adulterios. Añade Jenófanes que los hombres hacen los dioses a su ima-



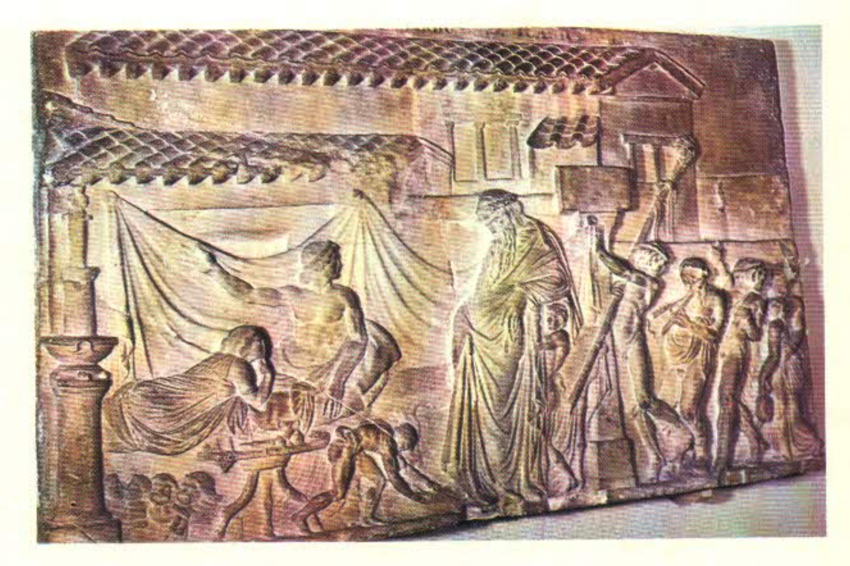
El Cancerbero era un perro monstruoso, con tres cabezas y cola formada por serpientes, que guardaba la entrada del Hades. Detalle de una ánfora ática (Museo Vaticano).

gen; los etíopes los quieren con nariz chata y los tracios con ojos azules: "Si los caballos y bueyes tuvieran manos, se harían dioses como ellos; los caballos tendrían dioses-caballos, y los bueyes, dioses-bueyes". Como se ve, Jenófanes tenía ideas radicales, porque añadía que los dioses no se parecen ni en forma ni en pensamiento a ninguno de los mortales.

Jenófanes decía también que es muy difícil encontrar un hombre cuerdo, y que sobre todo se necesita ser sabio para conocer que otro lo es. Pero a pesar de esta sabiduría, de tipo popular, se advierte en este griego al observador curioso, digno sucesor de la escuela de Tales. Jenófanes distinguió en las canteras de Siracusa señales de peces, que le revelaron que aquellas rocas habían estado antes en el fondo del mar; en Paros observó fósiles de sardinas en rocas profundas, y en Malta advirtió, por toda clase de pruebas, que el terreno de la isla había estado cubierto de agua. La consecuencia que sacó Jenófanes de estas rarezas fue que una mezcla de tierra y agua había engendrado la vida y que algún día la Tierra se hundirá otra vez en el mar y todo lo existente desaparecerá, aunque sólo para empezar una nueva creación en el fango del líquido elemento. "Y estos mismos cambios les ocurren a todos los mundos." La Tierra es plana, y en esto Jenófanes se opone a los des-

cubrimientos de otros filósofos por creer que la profundidad de la Tierra y la altura del cielo no tienen límites, y que cada día vemos un Sol diferente y estrellas diferentes, que no son más que violentas explosiones de vapores que se apagan con el día.

Obsérvese que tanto Tales como Anaximandro y Jenófanes, griegos jónicos del Asia, viajaron, y no sólo por las antiguas tierras del Oriente, especialmente Egipto, sino que fueron a la Grecia occidental: Anaximandro se instaló en Atenas y Jenófanes estuvo en Siracusa. He aquí otra novedad: no se concibe que un sacerdote egipcio o un astrónomo caldeo se movieran de su templo para así poder averiguar los secretos de la tierra y de los cielos.



Dionisos entre los icarios (Museo del Louvre, París). Esta divinidad griega se presenta bajo dos facetas; en una de ellas es dios del vino y la viticultura, y en otra, dios de éxtasis y misterios. En su complicada evolución, se convierte en dios de los muertos y llega a casar con Perséfone, por lo cual su mito se entrecruza con el de los misterios de Eleusis.

Estela funeraria que representa el sacrificio de una cerda a Deméter y Cora (Museo del Louvre, París).

BIBLIOGRAFIA

Dodds, E. R.	*Los griegos y lo irracional,* Madrid, 1960.
Eliade, M.	*Le mythe de l'éternel retour,* París, 1969.
Gusdorf, G.	*Mythe et métaphysique,* París, 1953.
Jaeger, W.	*La teología de los primeros filósofos griegos,* México, 1952. *Paideia* (vol. I), México, 1946.
Parain, B., y otros	*Histoire de la philosophie,* París, 1969.
Rohde, E.	*Psyché,* Madrid, 1942.
Schajowicz, L.	*Mito y existencia,* Puerto Rico, 1962.
Schuhl, P. M.	*Essai sur la formation de la pensée grecque,* París, 1949.
Snell, B.	*Las fuentes del pensamiento europeo,* Madrid, 1965.
Zeller, M.	*La filosofia dei greci nel suo sviluppo storico,* Florencia, 1967.



Tablilla de un friso de terracota romana que representa uno de los actos de iniciación de los llamados pequeños misterios de Agra, que precedían a los grandes misterios de Eleusis (Museo de las Termas, Roma).